

En este número

"Propiedad social y propiedad privada en Nicaragua", de Richard L. Harris, es una aportación al conocimiento de la revolución sandinista, cuya importancia conviene destacar. Es un estudio de la "economía mixta" que permite apreciar el conjunto de transformaciones introducidas por el proceso revolucionario en la estructura de propiedad y en las relaciones entre las clases. El autor, que agrupa y analiza la más depurada información empírica disponible, centra su atención en las formas de propiedad y su peso específico en la economía, en la estructura de la oferta y la demanda, en la composición de la población económicamente activa, en los obstáculos que para la reconstrucción económica implican tanto la subsistente dependencia del país cuanto la caída de la inversión de los grandes capitalistas nativos, en la desigual reactivación de los diferentes sectores de la economía, en los problemas críticos de balanza comercial y escasez de divisas y en la reformulación de la estrategia económica ante las dificultades crecientes. Sin duda, la continua agresión contrarrevolucionaria que dirige el gobierno Reagan contra Nicaragua debe verse no sólo desde una óptica política: constituye uno de los principales y más violentos obstáculos para el desarrollo revolucionario de la economía nicaragüense. El fortalecimiento y profundización del poder popular sandinista, por una parte, es, además de la fundamental garantía del proceso, una decisiva "potencia económica".

La revolución sandinista, que este 19 de julio cumplió su quinto aniversario, se declaró a favor, desde el principio, de un "modelo de economía mixta" bajo hegemonía popular. Es decir, al tiempo que el poder político se definió como la palanca fundamental y decisiva del proceso de transformación revolucionaria, la dirigencia sandinista no promovió la socialización o estatización del conjunto de los medios e instrumentos de producción. Se mostró favorable, más bien, a impulsar una estrategia económica en la que tuvieran cabida diferentes formas de propiedad, incluida la gran propiedad territorial e industrial capitalistas. Esta "peculiaridad" ha propiciado que una parte de la izquierda marxista latinoamericana, en apariencia radical pero realmente atrasada, contemple con escepticismo o franca suspicacia el proceso sandinista. Se pierden de vista las enormes dificultades que implica reorientar una economía capitalista atrasada y dependiente para ponerla al servicio de las necesidades de los productores asociados. Dificultades que no son nuevas, pues han sido enfrentadas, dentro de condiciones específicas, por cada proceso revolucionario desde 1917. A estas alturas del siglo, por fortuna, los marxistas contamos ya con una vasta experiencia acumulada: servirse de ella es un imperativo político y moral y la única manera de avanzar superando los errores del pasado.

—Rubén Jiménez Ricárdez

Desde mediados de 1982 la vida económica, política y social de México está profundamente marcada por la crisis. A pesar de la importancia central de ésta, parece prevalecer todavía la incomprensión de su génesis e implicaciones. Así se prolonga hasta hoy la sorpresa con la cual tomó a grandes sectores, incluyendo a una parte importante de la izquierda, al estallar en 1982. Cabe recordar que irrumpió cuando buena parte de la discusión político-económica giraba en torno a cómo distribuir el

excedente petrolero y administrar el auge. Es, entonces, una tarea importante aclarar cómo se gestó la crisis y analizar sus elementos centrales. Es en esta línea que se inscribe el ensayo de Alcocer, que pretende reconstruir la coyuntura económica de 1978 a 1982. El problema que se plantea es por qué se transita en menos de un año del crecimiento económico más rápido de la historia moderna de México a la crisis más profunda de los últimos cuarenta años.

Para explicar esta situación analiza el efecto dinamizador que tuvo la expansión petrolera sobre algunos sectores de la economía, las características de la política económica gubernamental y, finalmente, la actividad especulativa de la burguesía. Presenta una serie de datos que señalan la existencia de un crecimiento económico no planificado ligado esencialmente al petróleo y la inversión pública; una política económica incapaz de corregir los desequilibrios y frenar la especulación y la fuga de capital; una burguesía rapaz que abandona la inversión productiva por el enriquecimiento fácil de la especulación. Reconstruye, de esta manera, la secuencia de hechos que tienen como punto culminante la virtual quiebra del país y la casi parálisis de la economía a finales de 1982. Sin embargo, deja sin analizar algunas de las cuestiones que parecen centrales para la comprensión de la crisis.

Un primer problema se relaciona con la periodización de la crisis empleada por el autor, en función de las tasas de crecimiento del PIB. Según este criterio México ha transitado por varias crisis y posteriores auges desde 1970. Esta interpretación hace perder de vista que la economía mexicana entró en una crisis estructural a fines de los sesenta, cuyas características básicas siguen siendo las mismas hoy, y que su comportamiento ha sido esencialmente el de "stop-and-go", o sea, de estancamiento seguido por un crecimiento dependiente del gasto público indisolublemente ligado al endeudamiento gubernamental. En esta perspectiva la debacle de 1982 no es más que la manifestación dramática de esta crisis estructural.

Esta interpretación plantea la necesidad de analizar la relación de la crisis mexicana con la crisis capitalista mundial. Resulta claro que la crisis en cada país se expresa como una secuencia singular de hechos, lo que no quiere decir que estos hechos sean las causas de la crisis. Por el contrario, más que enfatizar la singularidad de la crisis de cada nación parece necesario encontrar las características compartidas que permiten ubicar los problemas de fondo, que determinan la crisis general. Así la stangflación, el crecimiento acelerado del endeudamiento público y privado y la tendencia especulativa caracterizan en general a la crisis actual. Ciertamente han llegado a niveles inusitados en México pero también en otros países latinoamericanos.

El hecho de que la crisis no es solamente mexicana, sino una crisis general de acumulación, ciertamente no exenta de responsabilidad a los hacedores de la política económica, pero ubica la discusión de ésta en un contexto distinto. La revisión de la experiencia internacional permite observar que ni las políticas keynesianas ni las monetaristas han permitido resolver las crisis nacionales tal como lo atestiguan por ejemplo Francia de Mitterand —primero keynesiano y luego monetarista— y Chile de Pinochet. Los márgenes de voluntad que deja la crisis parecen muy restringidos, ya que su solución depende más de la rearticulación de la producción a nivel internacional y de una nueva inserción de los países capitalistas subordinados en ella, que de las políticas económicas de cada gobierno particular.

Hay que enfatizar, asimismo, que la política económica no se deriva de la decisión autónoma de un gobierno, sino que expresa una determinada correlación de fuerzas interna y externa, cuestión que en el caso de México tiene particular interés dadas las características del sistema de dominación. Sólo así es posible comprender el significado de la nacionalización de la banca, no por analogía histórica con el cardenismo sino

como una medida específica cuando la posibilidad real de suspensión del pago de la deuda mexicana amenazaba con perturbar seriamente a la banca internacional.

Hoy ya nadie duda de la profundidad de la crisis, pero para poder vislumbrar los acontecimientos futuros no parece suficiente sólo el análisis de las coyunturas, ya que tienden a enfatizar los hechos inmediatos perdiendo de vista las tendencias subyacentes a largo plazo. Sin este tipo de análisis parece difícil responder a dos cuestiones centrales: ¿la crisis ya tocó fondo o todavía se profundizará más? y ¿cómo gravitarán sobre las clases trabajadoras los cambios que se están operando en el aparato productivo y en el papel de México en la nueva división internacional del trabajo?

—Asa Cristina Laurell